

NAUTIS ET INCOLIS

BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA

DE AMIGOS DEL PAÍS DE TENERIFE

2007

Con las Memorias 2006 - 2007



SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA
2008

CIENCIA, TERRITORIO Y SOCIEDAD:
UNA REFLEXIÓN CRÍTICA

ANTONIO MACHADO CARRILLO

Antonio Machado Carrillo. Nacido en Madrid. Doctor en Biología, colaborador del Museo Insular de Ciencias Naturales, profesor de Ecología de la Universidad de La Laguna (1976-1979) y durante varios años biólogo del ICONA. Vocal asesor de Ecología y Política Ambiental del Gobierno de Canarias (1988-1991). También ha sido Director de la Oficina de Relaciones Institucionales del Gobierno de Canarias en Madrid (1994-1995). Su producción científica se centra en Entomología y la técnica en materia de conservación. En la actualidad sigue investigando en Entomología, es editor en jefe del *Journal for Nature Conservation*, profesor asociado de Ecología en la Universidad de La Laguna y trabaja como consultor independiente en materia de conservación y medio ambiente.

Resumen de la comunicación:

En este artículo se reflexiona sobre la teoría y la praxis de las relaciones entre el territorio y la sociedad que lo habita, en las que la ciencia y la tecnología juegan un papel decisivo. Para ello se ha dedicado la primera parte de la conferencia al conocimiento científico y su relación con la tecnología, sobre el papel de ambas en el progreso, los problemas derivados del tribalismo, y el desencuentro ciencia-sociedad aún no superado en este país. Luego, en la segunda parte, apoyándonos en esta introducción argumental, se entra en la reflexión sobre Canarias, su territorio e instituciones y profesionales vinculados a él.

CIENCIA, TERRITORIO Y SOCIEDAD: UNA REFLEXIÓN CRÍTICA

ANTONIO MACHADO CARRILLO

Preámbulo

En un seminario dedicado a las «*Ciencias de la Tierra para la sociedad*» parece oportuno tratar sobre cómo opera la ciencia, cómo se organiza y cómo puede servir mejor a la comunidad, orientando las acciones antrópicas sobre el territorio, donde todo acontece y donde todo está interrelacionado. El título elegido para esta conferencia *Ciencia, territorio y sociedad en Canarias: una reflexión crítica*, es un paraguas generoso con suficiente holgura para mi propósito, que no es otro sino desarrollar el espíritu positivo basado en el racionalismo con el que inició su andar la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, allá por el año 1777. Quizá no huelga decir que creo en la crítica como motor principal de todo cambio y avance, porque quienes emplean la razón para armar justificaciones exculpatorias o para ocultar los errores cometidos—esos errores que son la piedra angular sobre la que organizar toda mejora—se están condenando a sí mismos a la fosilización, a no evolucionar.

Me dirijo a ustedes con no poco temor sobre el terreno que piso, pero deseo compartir algunas ideas a las que he llegado a través de la lectura, la reflexión crítica y mi experiencia profesional. Las interpretaciones que haré están, pues, muy acotadas por las convicciones y ámbito personal que las enmarca, y de ahí la restricción implícita al hablar de naturaleza y territorio, aunque mucho de lo que se va a exponer sea aplicable a otros ámbitos. Y quiero recalcar, que el texto que sigue no es en modo alguno el resultado de un estudio científico, sino una mezcla de ensayo y artículo de opinión.

Mi intención es tratar del territorio de estas islas, pero no en su vertiente descriptiva, sino como soporte de una sociedad que no tiene otro a mano. El buen o mal uso que haga de él, está lógicamente condicionado por las circunstancias históricas y las inercias del pasado, pero también por la propia capacidad de análisis, gestión y voluntad de resolver los problemas del presente y los por venir. Para ello, las sociedades cuentan con instituciones y profesionales dedicados al estudio y ordenación del territorio y a la gestión de los recursos naturales, amén de los políticos que tutelan los intereses generales. Reflexionaremos sobre la teoría y la praxis de estas relaciones en las que la ciencia—y su derivado la tecnología—juegan un papel decisivo. Por eso he dedicado una primera parte de este ensayo al conocimiento científico y su

relación con la tecnología, sobre el papel de ambas en el progreso, los problemas derivados del tribalismo, y el desencuentro ciencia-sociedad aún no superado en este país. Luego, apoyándonos en esta introducción argumental, entraremos en el meollo de la reflexión sobre Canarias, su territorio e instituciones y profesionales vinculados a él.

Del conocimiento científico

El conocimiento es una representación mental de la realidad —no necesariamente fiel— que empleamos para desenvolvemos en el medio e intentar resolver las papeletas que se nos plantean; gracias a él subsistimos... o perecemos. Jorge Wagensberg, en su libro *Ideas sobre la complejidad del mundo*¹ hace una anatomía muy acertada de los tres tipos básicos de conocimiento que manejamos, diferentes entre sí por el modo en que se generan y por su naturaleza: el conocimiento revelado, el conocimiento artístico y el conocimiento científico.

El conocimiento revelado procede de alguien o algo que lo posee y nos lo transmite. Es por tanto un conocimiento de origen externo, objetivo y no dialéctico, en el sentido de que lo aceptamos sin más en función de la autoridad que nos lo revela. La verdad revelada a lo sumo se interpreta, pero jamás se somete a prueba. Es el tipo de conocimiento con que primero nos equipamos, siendo nuestros padres los primeros reveladores —»Niño, no comas esa fruta roja que es mala«—; luego vendrán otras fuentes de revelación entre las que destacan la religión y el dogma político.

El conocimiento artístico es eminentemente subjetivo. Surge de algún punto interior vinculado al instinto, la intuición o la creatividad, y permite la comunicación de complejidades ininteligibles. Unos trazos, una sonata o un poema pueden dar a conocer la nostalgia o la alegría. Por supuesto, este tipo de conocimiento tampoco se somete a prueba.

Por último, el conocimiento científico es el que deriva de la aplicación de un método muy particular para obtenerlo. Es objetivo —o al menos tiene la voluntad de serlo— en el sentido de excluir al observador; y aspira a ser inteligible, es decir, que busca explicaciones de la realidad lo más compactas posible. La fórmula de Einstein $E=mc^2$, por ejemplo, explica y cubre un amplísimo

¹ Wagensberg, J. (1985). *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Tusquets Editores, Barcelona. 154 pp.

universo de realidades. Además, el conocimiento científico es esencialmente dialéctico, porque se somete a prueba. Esto implica diseñar un experimento para comprobar si la hipótesis planteada se cumple o no. Es, por tanto, derribable por la experiencia, y en términos de Popper, toda hipótesis científica ha de ser falsable, o quedará en mera conjetura.

Lo interesante del asunto es que operamos con una amalgama variable de estos tres tipos de conocimiento, que rara vez se dan asilados y en sentido puro. A menudo, ni siquiera nos damos cuenta cuando pasamos de uno a otro ámbito. Si el niño hace oídos sordos a su padre y prueba la fruta roja, podrá comprobar si realmente le sienta mal o no; en ese momento y por la vía experimental, pasará de tener un conocimiento revelado a otro de carácter científico. Ocurre, sin embargo, que hay muchísimo conocimiento revelado –vinculado a la fe, por ejemplo– que cae fuera del ámbito experimental.

La Ciencia, en su sentido estricto, la podemos entender como el producto directo de la aplicación del método científico. Aspira a explicar los fenómenos y, además, pretende ser útil para predecir dichos fenómenos. Claro está, que según sean de compactos y globales sus postulados, dispondremos de ciencias más o menos precisas. Así, la Física o la Química pasan por ser ciencias «sólidas», porque predicen bien; mientras que la Ecología, Economía y Sociología son progresivamente más «blandas». No obstante, de todas ellas echamos mano para organizar la sociedad.

Lo realmente valioso del conocimiento científico, es que por su propia naturaleza dialéctica, está condenado a evolucionar, a cambiar constantemente, a mejorar cada vez que derribamos un modelo y lo reemplazamos por otro. Y así ha sido, con sus altibajos, desde que la ciencia comenzó a cristalizar. El conocimiento revelado, por el contrario, se mantiene inmutable en el tiempo, no evoluciona ni facilita el progreso; concepto este, el de progreso, sobre el que volveremos más adelante.

De la tecnología y el progreso

Otro aspecto importante de la ciencia es que está libre de carga valorativa. En ciencia «a secas» no existe lo bueno ni lo malo, lo positivo (favorable) o negativo (desfavorable). La ciencia se limita a aportar datos, sin más. Así, por ejemplo, 75° C es una medida de la temperatura del agua que sólo adquiere sentido –será mucho o poco, bueno o malo– en un contexto concreto

o ante un propósito definido: es temperatura insuficiente para cocinar un huevo, pero excesiva para lavarnos la cara.

Cuando existe una finalidad y el conocimiento científico se aplica a la consecución de dicho fin, entonces se carga de valores e intenciones, y hablamos de «Ciencia aplicada». La Física puede aplicarse a la arquitectura o a la navegación; la Biología a la medicina o a la agricultura, y la Ecología puede servir tanto para la gestión ambiental y preservación de los recursos naturales, como para destruir dichos recursos en un contexto de guerra biológica. Los resultados obtenidos de la aplicación del conocimiento científico a intereses concretos de los humanos, es lo que hemos dado en llamar tecnología. Tenemos así dos universos perfectamente delimitados pero íntimamente ligados, toda vez que no se puede dar la tecnología de no mediar la ciencia.

La tecnología ha evolucionado muy rápido debido a su fundamento experimental —ensayo y error, aprobación o refutación— pero, y sobre todo, porque el conocimiento tecnológico, que es de naturaleza científica, se transmite por el canal cultural, de mente a mente, sin necesidad de pasar por la vía genética. Esto ha permitido a nuestra especie tener éxito y progresar de modo extraordinario en un lapso de tiempo muy breve. En el contexto de la Ecología, el éxito de las especies se mide por su biomasa total, y la nuestra, con 250 millones de toneladas, es actualmente el mamífero con más biomasa en el planeta. Lo de progresar requiere una reflexión pausada. Para muchas personas el camino que ha seguido nuestra sociedad neocapitalista, con todos los problemas ambientales que viene generando, no encaja en un concepto de progreso. Lo incómodo de este concepto es que resulta difícil de definir por las muchas cargas valorativas que puede encerrar, desde las más materialistas a las absolutamente espirituales. Por eso, tal vez resulte apropiado emplear un concepto desnudo —científico— de progreso que encontré en otra obra de Wagensberg². Cito textualmente: «Toda innovación que aumente el grado de independencia de un sistema respecto de su entorno es, en principio, progresiva para tal sistema.» O sea, que progreso es cuando un sistema logra mayor independencia de los avatares del medio (mundo). Si una familia adquiere un frigorífico y logra aislar los alimentos de los cambios de temperatura y gérmenes que los pueden destruir, ha progresado.

Adoptando esta definición de progreso, que no es la más intuitiva, hemos de admitir que el éxito de la humanidad se ha fundamentado en las

² Wagensberg, J. (1998). *Ideas para la imaginación impura. 53 reflexiones en su propia sustancia*. Tusquets Editores, Barcelona. 276 pp.

ventajas aportadas por la tecnología, cuyas innovaciones nos han permitido superar los límites insólitos a nuestra condición de primate bípedo, de poco pelo, olfato reducido, vista excelente y sexo extendido. Y cabe preguntarse entonces, ¿qué fuerzas son las que se oponen a la ciencia y su derivado la tecnología, y que, por tanto, son contrarias al progreso?

Sobre esta pregunta se han vertido ríos de tinta y seguramente que mis planteamientos no son en nada originales; pero es lo que creo. El conocimiento científico, que busca la prueba experimental, es en buena medida contrapuesto al conocimiento revelado, que la margina. Y como quiera que el primero deriva del razonamiento, mientras que el segundo surge del instinto, de las pasiones o de la simple fe, me gusta hacer una dicotomía maniquea y asociar el conocimiento científico a la razón, y el revelado, a las emociones (entre las que incluyo el instinto de supervivencia). Sé que se trata de una caricatura simplista de la dualidad hombre-animal, aunque no esté del todo desencaminada según nos desvelan los avances de la neurofisiología. Al parecer, son diferentes regiones de nuestro cerebro las que dominan la actividad en uno u otro supuesto. La razón es, pues, la que nos permite aplicar el método científico y contrastar las creencias basadas en conocimiento revelado. También se ocupa de ponderar los mensajes de alarma directamente emanados del instinto (traductor del conocimiento compilado en los genes): huye, golpea, salta, protege... Y ojo, porque también es la razón quien se encarga de apañar explicaciones para que la realidad sea conforme con nuestras creencias y pasiones, llegando a veces a lo que se conoce como racionalización psicopatológica. Este es un uso torpe de la razón, pero muy extendido; quizás demasiado extendido. También es necesario resaltar que la ciencia, aunque se edifica sobre el método científico, se nutre de los demás conocimientos. Las hipótesis e ideas que se someterán a prueba son forzosamente previas al experimento y pueden surgir tanto de razonamientos lógicos, como de la intuición y el arte; o como alguien dijo, para obtener ideas valen hasta los porros.

Creo que la civilización no es otra cosa que la domesticación del instinto y el progreso de la humanidad pasa la superación de las religiones. Para mí, la religión –conocimiento revelado por excelencia– es una lógica consecuencia del instinto de supervivencia extendido al espíritu, y entronca en los temores más profundos de nuestro sistema básico de mantenimiento y autoprotección. De ahí que entre las fuerzas que han frenado el avance de la Ciencia destacan sobremanera las creencias religiosas, sin menoscabo del rozamiento permanente que introduce nuestro sempiterno antropocentrismo. Somos una especie

presumida. El «gen egoísta» de Dawkins nos hace vernos centro de todo, y su poderoso reclamo distorsiona el modo de apreciar el entorno, dificultando, en definitiva, la aplicación del necesario objetivismo del método científico. Fuimos centro de la Creación; nuestro planeta, centro del universo; nuestra especie, objetivo de la evolución; nuestros pensamientos, libres y ajenos al instinto animal. Los avances paradigmáticos de la ciencia—simbolizados por Copérnico, Darwin o Freud—llevan aparejados un descenso de escala en nuestro ego y, por ende, una reinterpretación del dogma religioso que cuida y mimosa su integridad. Para poder aplicar el método científico, debemos despojarnos de nuestra condición humana, aunque parezca un contrasentido. Por eso decía al principio que el método científico intenta ser objetivo; porque objetivo del todo, nunca lo consigue. Y esto se sabe en ciencia: el observador siempre distorsiona el experimento.

De las instituciones y el tribalismo

Hay otras maneras, igualmente sutiles, en que los procesos instintivos pernean la sociedad. Para desenmascararlos basta con analizar la proyección del «gen egoísta», que partiendo del yo, se extiende a la familia, al gremio, a la tribu, al partido y a la nación. Esta prolongación hacia fuera del «yo»—que a efectos de este ensayo englobaré bajo el término paraguas de «tribalismo»—es otro serio impedimento al papel de la ciencia como motor de progreso en la sociedad. No se pretende ni debe renunciar a las creencias, porque bien sabido es que la ciencia no da respuesta a todo; se trata de no renunciar ni desvirtuar los beneficios derivados del método científico basado en la razón.

Federico García Moliner, en su libro *La ciencia descolocada*³, destaca la necesaria conexión que debe existir entre la ciencia-tecnología y la sociedad, para que pueda desempeñar eficazmente el papel que le corresponde. No se trata ya de la anecdótica separación del «yo soy de letras» y «tu eres de ciencias», sino del profundo cisma que existe en la cultura de varios países, entre ellos España, que por tradición, considera a la ciencia como no-cultura y la excluyen del concepto de humanidades. De ahí que nuestra ciencia, la poca, buena o mala que producimos está y seguirá descolocada en tanto no se incorpore a la cultura general. Este

³ García Moliner, F. (2001). *La Ciencia descolocada*. Ediciones del Laberinto, Madrid. 381 pp.

desencuentro, fruto de la ausencia de cultura científica en la sociedad española, entronca con el peso que la religión ha tenido en nuestra historia, y yo me atrevería a añadir que no es más que el reflejo de un pueblo que sigue siendo esencialmente tribal.

El tribalismo anula o distorsiona la racionalidad e impide la madurez democrática. Los principios de equidad y justicia a los que ha de aspirar una sociedad moderna, libre y responsable, quedan relegados frente a los intereses del ego extendido. Primero los míos, y luego los tuyos. Y no es otra la base que sustenta la corrupción sistémica que se filtra en todos los estamentos de la sociedad; cuando en situaciones de igualdad antepone a nuestros familiares y amigos, a nuestros colegas profesionales o a nuestros camaradas de partido. No me refiero aquí a la corrupción con mayúsculas, a esa que salta a la prensa acompañada de cifras millonarias y con ruido de escándalo; que eso es puro choriceo. Me refiero a la corrupción con minúsculas, a esa práctica establecida de favorecer a la tribu frente a los demás; y que, siendo heterodoxa según la ley, llega a ortodoxificarse por anuencia tácita de las mayorías o sectores que la practican. Cosas aparentemente tan tontas como poner un expediente por delante de otro; defender al compañero aunque no tenga razón, hacer la vista gorda ante las infracciones de unos y no de otros,... cosas así. Incluso se tilda de traidor a quien intente igualar la situación o reclamar equidad para la parte contraria. Es un comportamiento muy extendido, muy «humano», según se dice; pero de la parte animal del humano, no de la parte civilizada.

Es posible que este tipo de corrupción sistémica no merezca siquiera tal nombre, y que sea consustancial a los sistemas sociales; una especie de rozamiento al estilo del que impedía el movimiento perpetuo que estudiábamos en Física; un mero peaje de la vida real. Pero no lo creo así. Creo que es una lacra de las sociedades tribales y de la cual hay que desembarazarse si aspiramos honestamente a vivir en un estado de derecho, en una democracia plena. La corrupción con minúsculas se va filtrando por los engranajes del sistema y sus instituciones, mermando la eficacia. Si se asienta y hace crónica, crecerá llegando a corromperlo todo y en mayúsculas, como ocurrió en Argentina hace pocos años.

Las democracias maduran cuando superan el tribalismo y se dotan de instituciones fuertes, nacidas e inspiradas por la razón. Me refiero aquí a las instituciones instrumentales que facilitan el quehacer público de la sociedad y de cuyo rigor en el funcionamiento se puede deducir mucho sobre la salud de una democracia. Instituciones como las universidades, los departamentos administrativos, o las muchas fundaciones que circulan por ahí.

Una institución formal se crea con un propósito consensuado, supuestamente un bien social, y a dicho fin se deben sus componentes. Tienen, por tanto, intención de permanencia. El cambio y reemplazo de los miembros que la integran solo afectará a su mejor o peor rendimiento. Una asociación, por el contrario, obedece al interés de los asociados y éste no tiene por que ser constante, pudiendo sus órganos de gobierno cambiar la orientación acorde con nuevos intereses. El asociacionismo es buena cosa y ayuda a vertebrar la sociedad, pero siempre que juegue en un tablero mínimamente definido por las instituciones públicas. Dejar que el interés público se arbitre a través de las asociaciones es un riesgo importante, porque las asociaciones son en cierto modo hijas del tribalismo y, por tanto, propensas a introducir sesgos particulares.

Soy consciente que nos hemos dotado de una democracia sin aún ser demócratas (salvando las honrosas excepciones). La democracia plena se alcanza tras un largo proceso de maduración que suele implicar a varias generaciones. Sólo entonces, hábito y monje serán congruentes. En España se ha iniciado el proceso, y a veces digo en broma, que entre Suiza y Nicaragua andamos por algún punto intermedio. Lo importante es saber hacia donde apuntamos. Y ese es el *quid* de la cuestión, porque el actual florecimiento de asociaciones a la par que decaen muchas instituciones, indica que hay un desequilibrio a favor de la tribalidad frente a la racionalidad. Bien es verdad, que este fenómeno lo he observado también en algunos países de Europa central, donde las instituciones languidecen y pierden vigor. Recuerdo aquella *Historia interminable* de Michel Ende en la que el país de Fantasía era devorado por «la nada», porque los niños habían dejado de creer. Se me antoja que algo así pasa con nuestras instituciones. Hemos dejado de creer en ellas y la nada las devora. ¡Qué contraste y qué cosa más gris la última vez que visité el secretariado de la Comisión Europea!

Siempre me ha parecido que las culturas desarrolladas al norte, en nuestro hemisferio, eran culturas más dadas al racionalismo y a la planificación, probablemente condicionadas por un medio natural más hostil y exigente; mientras que a medida que nos desplazamos hacia el ecuador, prosperan las culturas cada vez más tribales y pasionales, y donde la improvisación suplanta a la planificación. La dilución del espíritu de muchas instituciones en el Norte ha de obedecer, pues, a otro factor distinto al tribalismo, tal vez a un mal de abundancia.

En la naturaleza, las carencias son mal asunto, pues colapsan el funcionamiento de los sistemas vivos; pero la escasez obra maravillas, exigiendo

el máximo de dichos sistemas y manteniéndolos en estado óptimo, alertas y a punto. Cuando llegan los excesos de la abundancia, los conejos se hartan de hierba, engordan, se aletargan, pierden facultades, y los parásitos se ceban en ellos cuando no los pilla el galgo. Es muy posible que el decaimiento generalizado de las instituciones no sea más que simple consecuencia del estado de sobreabundancia en que vivimos en el primer mundo. Igual se necesita un revulsivo que resetee los sistemas, les inyecte estímulo y los ponga a punto. Hay algo de indolencia flotando en la vieja Europa, y mucha también en esta España nuestra de nuevos ricos.

Resulta curioso como siguiendo este discurso de corte sociobiológico –derivado de una consciente deformación profesional– hemos llegado a un punto en el que los valores que inspiraron a las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País hace casi tres siglos, adquieren renovada vigencia. Hemos de apelar una vez más a la racionalidad para mejorar el funcionamiento de una sociedad viciada de tribalismo, y hemos de situar a la ciencia y la tecnología en el puesto que le corresponde en la cultura. Los nuevos retos de nuestra sociedad son de índole ambiental, y difícilmente podremos acometerlos sin que medie la tecnología. Necesitamos ilustrarnos en estas cuestiones. Y hay urgencia, entre otras razones, porque la naturaleza, que es la que viene pagando los platos rotos de nuestra torpeza, se agota.

De la prosperidad en Canarias y su coste ambiental

Corresponde ahora centrar la atención en Canarias, donde todas las generalidades anteriormente expuestas son de aplicación y nos servirán de soporte argumental.

Habiendo trabajado muchos años como profesional en conservación de la naturaleza, y siendo profesor asociado de Ecología de la Universidad de La Laguna, me excusarán que centre el tema en cuestiones de naturaleza y territorio, los biólogos y otros profesionales que trabajamos en estos temas, así como en las instituciones de formación, investigación o gestión que participan en el cotarro. Es lo que conozco y donde he adquirido cierta perspectiva.

Cuando nací en 1953 vivían en Canarias 815.000 personas. Ahora superamos los dos millones, contando con la población turística flotante. Siendo adolescente pasé una semana acampado en lo que hoy es Playa de las Américas, y en todo ese tiempo solo vi a un ser humano, un pulpeador. Cuando

decidí estudiar Biológicas, mi padre extrañado preguntó ¿Y eso de que va, sirve para matar los bichos? Él era empresario platanero y la Facultad de Biología apenas había iniciado su andar. Los términos de laurisilva o ecología todavía eran extraños a la ciudadanía.

En mi tiempo de vida han cambiado muchas cosas en las Islas, y no se puede negar que el estado general de salud, las expectativas de vida, el nivel de higiene personal, las cuotas de alfabetización, el acceso a la información y todos esos otros indicadores de lo que consideramos nivel de vida, han mejorado en toda Canarias de modo espectacular. De ser una sociedad constreñida y emisora de excedentes humanos, ahora vivimos en estado de bienestar y acogemos inmigrantes.

En mi retina conservo la imagen de una familia gomera recién llegada al Sur. Bajo un sol de castigo padre, madre e hijo caminaban cansinamente por la carretera —entonces de polvillo— con sus pocos enseres a cuestras y tirando de dos cabras moriscas; buscaban las cuarterías de una finca de tomates donde trabajar y buscarse la vida, fuera de su isla. Es una etapa superada, pero es memoria histórica que no debemos arrinconar si queremos ser justos a la hora de juzgar a un pueblo que, como digo, entre Suiza y Nicaragua, anda por algún punto intermedio.

La mejora de la calidad de vida, el progreso —indiscutible— de la sociedad canaria en las últimas décadas es cierto, pero igual de cierto es el coste que tal desarrollo llevó aparejado en cuestión de territorio, pérdida de naturaleza y limitación de opciones futuras. Ya en otra ocasión⁴ recordada aquél refrán tan español, de que «no se pueden hacer tortillas sin romper huevos,» y mi regañina al pueblo canario era por su torpeza; porque hemos roto —o dejado romper a otros— muchos más huevos de los necesarios para nuestro bienestar. Y seguimos en la misma brecha, torpes de vicio, o quizás ya incapaces de reconducir un proceso desbocado, cuyos principales hilos quedan fuera del alcance de nuestros gobernantes, si es que les atribuimos al menos la intención de mirar más allá de las coyunturas del próximo periodo electoral. Tal vez en el pasado podían alegar ignorancia. Pero ya no. Ahora se conoce razonablemente bien el territorio y los procesos que sobre él operan, con sus consecuencias buenas y las perniciosas. Mal que bien, sabemos lo que está ocurriendo. No es un problema de diagnóstico, sino de cómo valoramos y asumimos el coste ambiental de nuestro desarrollo.

⁴ Machado, A. (1990). *Ecología, medio ambiente y desarrollo turístico en Canarias*. Gobierno de Canarias, Consejería de la Presidencia, Santa Cruz de Tenerife. 121 pp.

Por otro lado, la cultura científica sigue brillando por su ausencia en esta sociedad de corte latino, y los tópicos y las supersticiones siguen impregnando nuestro quehacer diario por mucho bachillerato o incluso universidad que visitemos. Invito a cualquier de ustedes a pasar un rato en una expendeduría de lotería, y que presten atención a las conversaciones y a la cabalística numérica que se desarrolla en la ventanilla; en pleno siglo XXI... ¡en el primer mundo!

Otros ejemplos son más patéticos. Me vienen a la memoria las palabras de una autoridad turística de la Administración del Estado que felicitaba públicamente al ejecutivo canario porque había conseguido que se desarrollaran campos de golf en el árido sur de la isla, y que todo había quedado verde y ecológico. Atónito, me levanté y dije: «Señora, la Ecología en el monte es verde, en el mar es azul, y en el desierto es amarilla», y me senté. Lo penoso del caso es que tanto la interpelada como el resto de los congresistas —canarios en su mayoría, quedaron igual de perplejos y sin captar mi ironía. En aquél entonces, y puede que aún todavía, para muchos arquitectos un hotel ecológico consistía en rodearlo de muchas palmeras y jardines exuberantes. Esta ausencia de cultura sobre la naturaleza y el medio ambiente —que va mucho más allá de los ositos panda y bebés de foca masacrados— se va superando poco a poco, pero todavía sigue generalizada en nuestra sociedad. Sólo un reducido sector es capaz de discernir entre lo que es y funciona natural y lo que es semi-natural, o incluso marcadamente artificial.

A quienes perciben y valoran la naturaleza — y la de Canarias tiene (o tenía) muchas singularidades la pérdida de elementos únicos y la desfiguración del paisaje, les hiere en lo más profundo. No es «la nada» quien devora nuestro territorio, sino la fealdad, los escombros y los clichés edificatorios y publicitarios ajenos a nuestra idiosincrasia. Nos diluimos en lo más perverso de la globalización; en una pérdida irrevocable de autenticidad a la que unos asisten cómplices, otros pasando, y otros pocos, resignados, con la rabia que da la impotencia mal digerida. El caso es que a un creciente número de paisanos, el territorio nos duele.

Este clamor de incomodidad, consciente o inconscientemente, ya ha sido detectado por la clase política que, a su modo, intenta buscar respuestas, a veces como aprendices de brujo, otras de pura boquilla, o incluso con hipocresía profesional (habría que preguntar a más de un político, qué diantre entienden por desarrollo sostenible).

No se puede negar que en la última década del siglo pasado se avanzó mucho en materia de conservación. Canarias, con su cuarenta y

pico largo de porcentaje de territorio protegido, llegó a ser un referente a escala nacional y europea. Me consuela pensar que contribuí a los esfuerzos conservacionistas en esa época dorada. Sin embargo, aquello que tenía indicios de convertirse en algo estructurado en nuestra sociedad, empieza a mostrar síntomas inquietantes de acabar en una moda más, de las muchas olas que vienen y pasan en esto de la movida ambiental.

La conservación fue un valor en alza en los años 90, y reflejo de ello era la preocupación—quiero creer que sincera— de varias instituciones que intentaron reaccionar con criterio. Las moratorias y directrices de ordenación son iniciativas concretas, algunas incluso impulsadas por la sociedad civil. El cemento, cauto, se retrajo y quedó al acecho.

Luego llegaron los cayucos y la atención pública fue abducida por la compleja tragedia y no menos complejo problema que tocó a las puertas de las Islas, y se instaló en nuestro patio. Después vino Al Gore, y todos empezamos a mirar al cielo preocupados de si llueve o deja de llover más tarde o más temprano que antes. Y mientras tanto, el territorio va quedando olvidado en las agendas y sometido a sus propias inercias; el cemento levanta las orejas atento a otra oportunidad de engordar la vaca, y por nuestras fronteras siguen entrando cada vez más especies exóticas sin turbar el sueño de nadie.

La naturaleza parece que comienza a ser un valor a la baja. El anteproyecto de Ley de Biodiversidad de Canarias entró en el Parlamento en Febrero de 2004, y allí languideció año tras año hasta agotar la última legislatura, sin siquiera llegar a debatirse. La biblioteca del centro de Planificación Ambiental del Gobierno de Canarias estuvo cerrada más de dos años, como si la información fuese la *bête noire* de algunos políticos demasiado voluntaristas. Mal síntoma éste de las bibliotecas cerradas. Por fortuna, la red de espacios naturales protegidos resiste mal que bien los embates de la creciente desidia, aunque hay unidades que ya han sufrido alguna que otra poda.

Quienes tenemos sensibilidad por estos asuntos barruntamos el creciente desamparo que amenaza a la naturaleza en las Islas, y sacamos el paraguas a la espera de mejores tiempos. Cruzamos los dedos para que el descalabro sea ligero y cese pronto tanto desamor por la tierra. Razón tenía Churchill al sentenciar que el esfuerzo sin resultados produce melancolía. Sin embargo, tiempos así, aciagos en buena medida, son propicios para la reflexión; para pensar en qué hacemos mal y qué se puede mejorar.

Del urbanismo y la democracia

Son muchas las instituciones y profesionales que de un modo u otro participan y tienen un papel relevante en la ordenación del territorio y su adecuación a las necesidades de la sociedad. Me centraré en los biólogos, que son mi gremio, y en la Universidad, que es una de mis casas, porque puedo hablar con mayor conocimiento de causa. No obstante, me gustaría hacer un primer llamamiento de reflexión a los arquitectos, que son profesionales con clara y crucial incidencia sobre el territorio, para bien, o para menos bien. La planificación general —entendida como urbanismo en su ámbito— es una de las especialidades que practican. Soy consciente que existen varias escuelas y maneras de aproximarse al territorio, pero me inquieta en particular aquélla que apela a la «vocación del territorio» como justificación de los modelos propuestos. Es como si el territorio hablase susurrando sus demandas, y ahí están algunos para ejercer de traductores o sacerdotis y comunicarnos la verdad revelada. No, este no es buen camino. Wagensberg, de nuevo, nos advierte que algunas recetas resultan altamente sospechosas cuando median administradores públicos demasiado divinos; inquietantes, si los constructores de puentes son demasiado artistas; o turbadoras, si los amantes devienen demasiado científicos.

A mi modo de ver, el técnico responsable de un plan territorial debe siempre exigir de quien se lo encarga, que concrete el modelo de desarrollo que se pretende, pues es de éste de donde emanan los criterios de valoración. En un sistema democrático, es el político quien está legitimado para transferir o interpretar la voluntad popular y, por supuesto, responder ante ella sin escudarse en los técnicos, ni en supuestas revelaciones de un territorio parlanchín.

Llegará algún momento en que la cultura «urbanística» de la sociedad sea tal que permita a los ciudadanos participar de modo estructurado en la definición de objetivos del planeamiento ¡a priori! y no cuando la componenda ya está impresa, dibujada y encuadernada, con la previsible renuencia que lleva implícito el tener que rehacer el trabajo. Llegará un momento en que el lenguaje urbanístico se simplifique hasta hacerse inteligible a los destinatarios; o cuando las administraciones públicas destinen suficientes recursos para que los proyectos sean expuestos a la ciudadanía antes, durante y al final del proceso. Mientras no suceda así, el ciudadano seguirá acudiendo a las informaciones públicas con la boina de su ignorancia arrugada en las manos, y solo será capaz de

interesarse por lo que afecta a su parcela. Mientras no se simplifique drásticamente, brutalmente la maraña de planes y normativas urbanísticas con que nos hemos dotado, seguirá esto siendo –en metáfora de Muñoz Machado– un maquis donde sólo medran los bandidos.

A nadie escapa que un sustrato así de complejo y turbio, donde las garantías públicas quedan malparadas y las responsabilidades desleídas, es terreno abonado para la corrupción con minúscula, con mediúscula y con mayúscula. No es necesario extenderse en este punto, que ya lo hace y casi a diario la prensa local. Ahora bien, en tanto nuestro sistema democrático madura –incluidos los procedimientos urbanísticos– se me ocurre que podemos apelar a la ética como instrumento de trabajo, ya que, al fin y al cabo, la política se nutre –o debería nutrirse– de ella. Para contrarrestar el peso de los malabarismos administrativos y triquiñuelas jurídicas que dejan al ciudadano impávido y desarmado, podría ser útil elaborar un código ético en relación con el urbanismo. Pero un código simple, entendible, compuesto por unas pocas declaraciones que comprometa de modo personal el comportamiento del político o incluso del técnico. Un documento así, firmado individualmente y colgado en la puerta del despacho de un alcalde, por ejemplo, permitiría a cualquiera pedir explicaciones si en la praxis el edil se desvía de su compromiso. Y ya vendrá el escarnio en la prensa o el castigo del voto, si la cosa es seria. Un mecanismo de esta índole así permitiría avanzar más allá de los requisitos legales. Dos supuestos, a título de ejemplo:

– «Yo, alcalde de San Borondón, me comprometo a consultar y debatir con la ciudadanía el modelo de desarrollo del municipio antes de acometer la formulación del Plan General de Ordenación.»

– «Yo, alcalde de San Borondón, respetaré los hábitats naturales que perviven en nuestro territorio en tanto existan áreas ya degradadas que puedan acoger las instalaciones o infraestructuras necesarias.»

También me parece buena idea que en el currículo de Arquitectura se incorpore una asignatura optativa dedicada a la Ecología y el medio ambiente. En la Universidad Carlos III he tenido ocasión de impartir cursillos de este corte a juristas, y actualmente lo hago a los estudiantes de Turismo, en nuestra universidad lagunera. En ambos casos me ha sorprendido la buena acogida que han tenido, y estoy convencido que con los arquitectos sería igual. Unos rudimentos de Ecología y una comprensión de los problemas ambientales es algo que un profesional del territorio ha de apreciar, pues le permitirá entender mejor su objeto de trabajo y las dinámicas no solo económicas que en él operan y que a menudo, como en el caso de la biodiversidad, requieren un

enfoque no estrictamente territorial. También facilitaría la comunicación y labor en equipo con otros profesionales, como geógrafos o biólogos.

De los biólogos como nuevos actores en el territorio

Los biólogos que se especializan en Ecología y gestión de los recursos naturales, incluida su conservación, son profesionales llamados a desempeñar un papel importante en una sociedad que se enfrenta cada vez más a retos ambientales desconocidos en el pasado. Lógicamente, su incidencia sobre el territorio podrá ser más o menos afortunada, y sobre ello quiero reflexionar aunque me repita un poco. No hace mucho escribí un artículo⁵ en el que analizaba el creciente desinterés político por los asuntos de la naturaleza, al que antes aludimos. Acusaba a mi gremio de ser en parte responsable de esta situación.

Aquí en Canarias, los biólogos irrumpieron en el mercado ambiental vinculados al desarrollo de la legislación en materia de prevención del impacto ecológico y de áreas protegidas. Las administraciones públicas empezaron a incorporar biólogos a sus cuadros técnicos, y el medio ambiente fue adquiriendo carta de naturaleza en nuestras instituciones, incluso en algunos ayuntamientos, que parece que siempre reaccionan con cierto retardo.

El caso es que ahora los biólogos –y no solo la naturaleza– están a la baja. Llegan rumores de ayuntamientos que están amortizando sus plazas; los servicios técnicos del Gobierno vinculados a la biodiversidad y áreas protegidas han sido arrinconados en una suerte de *ghetto*, cuando no engullidos por el pulso urbanista que despierta de su letargo. Hay una explicación. Nos lo hemos ganado a pulso.

Aunque parezca un contrasentido, los biólogos aterrizamos mal en el campo profesional de la gestión de los recursos naturales y conservación de la biodiversidad. Estamos obviamente impregnados de una biofilia importante –es consustancial con nuestra carrera– pero la encauzamos mal. Las universidades canarias no nos preparan como ecólogos profesionales. De sus aulas salen más bien hornadas de biólogos ecologistas –o ecologistas biólogos– cargados de buena fe, valores,

⁵ Machado, A. (2006). *De aquellas aguas, estos lodos. Carta a mis colegas biólogos*. Diario de Avisos, 5 de Marzo.

ilusiones y mucho corazón. Esto que en sí no tiene por que suponer nada malo, ha sido, sin embargo, el germen del presente rechazo.

Según destacamos en la introducción de este ensayo, toda ciencia está libre de valores, y así ocurre con la Ecología, como con cualquier otra disciplina. Y cuando se trata de una ciencia aplicada –en este caso, la Ecología a la conservación o gestión ambiental– es cuando adopta determinados objetivos, y de ahí la carga valorativa que permitirá discriminar entre lo que es correcto o incorrecto en clave ambiental. Pero estos objetivos y valores no surgen por generación espontánea, sino que son consensuados por la sociedad a través de sus leyes y el quehacer político legitimado en el juego democrático. Sin embargo, el ecologista suele orientar su trabajo según sus propias convicciones, valores y sentimientos hacia la naturaleza. Repito, que ello está bien en el plano individual y privado; de hecho creo que frente a esta suerte de neocapitalismo que avasalla el planeta, es perentorio contar con un movimiento ciudadano ecologista fuerte. La acción ecologista se merece todos los respetos y apoyos, por lo menos, de mi parte, pero no tiene encaje, me temo, en el sector público-administrativo, ámbito del que tratamos en esta reflexión. Y muchos biólogos trabajan hoy en la función pública como contratados o a través de empresas interpuestas sin haber pasado por la formación previa a la incorporación de cualquier funcionario. No es que esta última sea una panacea, pero comporta un entendimiento básico en asuntos de administración pública, de derechos ciudadanos y de respeto a las reglas democráticas. Se trata de poner las capacidades profesionales de uno al servicio público, en vez de aprovechar las estructuras públicas para desarrollar nuestras filias o combatir nuestras fobias. Muchos biólogos vienen desarrollando su trabajo, consciente o inconscientemente, como una cruzada, trabajan por una causa (la del ecologismo) y, como ocurre en casi todos los 'ismos', acaban por justificar los medios según el fin. En su entusiasmo y convicción desoyen la voz de los políticos –satanizados, las más de las veces– y desatienden los limitantes de las leyes. Así, con auténtico entusiasmo y buena fe, atropellan los derechos de la ciudadanía día sí y día no, amparados por las «inmunidades del poder⁶». Hay algo de redentor en esta actitud y muy poco de espíritu democrático o respeto al estado de derecho.

Me viene a la memoria un profesor del Servicio de Parques Nacionales de Estados Unidos, Jerry de nombre, que me preguntó, allá por

⁶ García de Enterría, E. (1974). *La lucha contra las inmunidades del poder*. Cuadernos Civitas, Madrid. 99 pp.

el año 1977, si quería dedicarme a la conservación de la naturaleza. Ante mi entusiasta afirmación, pidió que abriera los brazos en cruz, colocó en mi mano izquierda un pesado códice, y sacudiendo mi derecha, dijo: – «Recuerda, siempre que trabajes en conservación con tu mano derecha, que nunca te falten las leyes en la izquierda». Desde luego, Jerry no conocía el batiburrillo ni la bondad de nuestras leyes, algunas de ellas de obligado incumplimiento. Con todo, a lo largo de mi vida profesional he podido comprobar lo acertado y el alcance de tan sabio consejo, y he aprendido a respetar el Derecho como la expresión más sublime de la civilización, por imperfectas que puedan ser sus formulaciones concretas. Pero este es un tema que merece reflexión aparte, no hoy.

La clase política y, en cierta medida, la sociedad, empiezan a ver en el biólogo no a un profesional que ayuda a resolver problemas, un colaborador en la acción pública, sino casi a una especie de fundamentalista que se opone a prácticamente todo, con o sin argumentos, o estirando éstos hasta el absurdo. En definitiva, alguien que está «en frente» y no al lado de uno. Muchos políticos –y no solo políticos– no distinguen siquiera entre un ecólogo y un ecologista, pero no confunden un sociólogo con un socialista. Esto es grave. Si los biólogos han de ejercer su rol en el escenario territorial y ser útiles a la sociedad, debemos empezar por respetar sus decisiones aunque no las compartamos, por supuesto, siempre que estén legitimadas y no se coloquen al margen de la Ley. Creo que muchas veces nos asiste la razón, pero ¡jojo!, y quede bien claro: La razón no legitima; es el proceso democrático el que legitima en cuestión de valores y opciones. Es más, y por mucho que nos pueda incomodar, el Parlamento legitima la sinrazón. Intentar salvar a la sociedad de sus errores de modo unilateral, nos convierte en ecofascistas.

Corresponde a los biólogos profesionales que trabajan sobre asuntos de territorio, no dejar que les domine ese pequeño (o grande) ecologista que llevamos dentro. Porque luego actuará la ley del péndulo, y el fundamentalismo solo siembra tormentas y agudiza el radicalismo. Y al final, los platos rotos los pagará, una vez más, la naturaleza.

De las universidades como instituciones primordiales

Señalaba antes que en la Facultad de Biología de La laguna se forman más ecologistas que ecólogos. Desconozco si ocurre lo mismo en otros centros del país, pero el asunto es serio, pues refleja no solo un comprensible vicio de

mi gremio, sino una desestructura profunda y disfunción de nuestra principal institución docente.

Las universidades son piezas clave en el territorio y sociedad donde se asientan por diversos motivos: Primero, estudian el territorio; segundo, preparan a los futuros profesionales y dirigentes, y tercero y no menos importante, innovan y buscan soluciones a los nuevos retos que afronta la sociedad. Tengo la impresión que nuestras universidades cumplen razonablemente bien con el primer punto, fallan sensiblemente en el segundo, y respecto del tercero me limito a citar aquí un párrafo de un informe de la OCDE del año pasado⁷:

«No es sorprendente que las universidades canarias adjudiquen muy pocos recursos (o ninguno) a la investigación tecnológica, sin ningún enfoque particular en las necesidades regionales.»

Si a los autores de dicho informe no les sorprende la situación, cabe preguntarse por qué. También para este desencuentro tengo una explicación, aunque requiere cierto desarrollo.

La universidad ha adoptado muchas de las formas modernas; se imparten masters, hay tutorías, se publica en inglés en revistas de impacto, se navega por Internet, nuestros investigadores viajan, y cosas así. Pero no nos engañemos. Esa es la cáscara; la médula sigue siendo la misma que conocí de estudiante hace 30 años, y apenas ha evolucionado (hablo de mi Facultad). Lo paradójico del caso es que nadie discute que las universidades suelen albergar lo más selecto del intelecto de un país, la fragua de la razón, la avanzadilla de la crítica, y sin embargo, las nuestras, como institución, suspende en autocrítica. Feo asunto, pues además, cuando la crítica proviene del exterior, la Universidad, en vez de aprovecharla para suplir la carencia propia, levanta murallas ofendida ante tamaña osadía de los mortales. Y con su arsenal de razón, no les deparo buen final a los atrevidos. Sin embargo, la universidad pierde; sin crítica está condenándose a no evolucionar.

Desde Fray Luis de León hasta el presente se ha perpetuado un sistema discipular en la docencia. Las enseñanzas del maestro sirven básicamente para admirar al propio maestro, que de este modo hace pequeños clones de su intelecto; una manera como otra de procrear en la cultura. La idea de poner nuestros conocimientos al servicio de una persona

⁷ OCDE (2006). *En apoyo a la contribución al desarrollo de Canarias de sus instituciones de educación superior II. Informe de evaluación externa*. Documento no publicado.

para que luego ejerza su profesión con más tino e incluso lejos del área de cosecha de nuestro ego, parece extraviada. Por eso creo que la universidad, como institución docente, incumple con la sociedad que demanda algo más que investigadores. Sus elementos más significativos, los profesores y catedráticos, no están al servicio de la institución, sino que se sirven de ella. Es «el templo de la libertad», como afirma un cátedro amigo. Los programas de estudio pueden parecer coherentes, pero están más hechos a la medida de los profesores, que a las necesidades de los profesionales que demanda el mercado. Igualmente, las parodias de tutorías que se practican en nuestros centros, son muestra palmaria de que no basta el nombre para dotarlas del contenido que exige el espacio europeo.

Trabajando en el Instituto Nacional para la Conservación de la Naturaleza, el desaparecido ICONA, tuve que contratar un biólogo para realizar determinados trabajos en otra isla. Fueron varios los que acudieron a la entrevista con su flamante título y un incipiente currículo. «Soy biólogo» – decían. %»Muy bien ¿y usted qué sabe hacer? % Silencio... Terrible manera de aterrizar en el mundo real.

Empleo el término de mundo real a propósito, porque siempre he tenido la impresión de que nuestros académicos vive un poco en otro mundo; un mundo bastante sublimado por la teórica y aislado de los rozamientos y miserias de extramuros. No es infrecuente ver como intentan que la realidad se adapte al modelo del libro, en vez de ajustar el modelo a la realidad. Y digo esto, salvando las honrosas excepciones, que afortunadamente van a más.

Existe, a mi ver, un desencuentro entre la Universidad y la sociedad canaria de la que se nutre y a la que supuestamente ha de servir. Los canales de comunicación entre una y otra siguen sin funcionar a pesar de los esfuerzos hechos. En 1981 escribí un artículo de opinión⁸ crítico sobre este y la que era mi casa – y sé que me gané la etiqueta de oveja descarriada y fui excomulgado de la tribu.

Lo frustrante es que todavía muchos departamentos siguen siendo cantones independientes y sin coordinar. Sigo esperando que la Facultad dé alguna rueda de prensa para anunciar cualquier novedad. Sigo intentando convencer a mis colegas ¡que los políticos no leen separatas! (lo sé por años de convivencia con este estamento). Sigo esperando a que se abran las ventanas para que entre aire fresco.

⁸ Machado, A. (1981). *La espalda universitaria*. Jornada, 30 de Marzo.

Si el tribalismo tiene aspectos negativos, la endogamia es la consumación de lo peor. Y si la universidad es el templo de la libertad, también lo es de la endogamia. Un serio revés para todo intento de cambio. Los equipos rectorales suelen iniciar su mandato cargados de buenos propósitos. Luego, sentados al piano, las cosas se ven distintas, y cuando empiezan a enterarse donde están las teclas, se les agota el mandato y los reemplaza un nuevo equipo. Quizás por esto, la OCDE recomienda que el rector de la Universidad sea designado y no elegido. Es muy difícil romper con las inercias consagradas en un sistema endogámico, máxime, cuando quienes desde dentro las detectan y condenan, se suman al tácito principio de «vive y deja vivir» que allí impera. Les entiendo, pero no les exculpo.

No se me ocurre ninguna forma de poner el cascabel al gato. Bueno, miento. En cierta ocasión se me ocurrió una estrategia maquiavélica para inducir el cambio en nuestra universidad. Consistía en duplicar los fondos que le aportaba la Comunidad Autónoma y preparar en paralelo un equipo de cuatro inspectores feroces. Luego, pasado el año y cerrado el ejercicio, se iniciaba una auditoría salvaje e inmisericorde. Caerían unos cuantos heterodoxos ortodoxificados, los suficientes para meter el miedo en el cuerpo del sistema, acabar con el principio de intocabilidad, y poner a la libertad de cátedra en sus justos términos. Así, con unos pocos mártires de la reforma, se conseguía el revulsivo necesario para romper el circuito cerrado y permitir a las fuerzas progresistas internas, que las hay, consumir la reforma y explorar nuevos derroteros. Nunca se probó.

Nuestras universidades tienen que renovarse, pero dudo que la reconversión requerida puedan acometerla por sí mismas. Lo más sensato sería recurrir a una consultora especializada en aspectos institucionales para que elabore un proyecto de reforma en profundidad, basándose en los puntos destacados en la antes aludida evaluación externa de la OCDE, y sobre todo, en las muchas disfunciones que seguramente encontrarán al analizar la fisiología institucional de nuestros centros, no ya solo su producto. Creo que en Holanda se hizo algo así, y dio buenos resultados.

De otras instituciones en el escenario

Además de las universidades y departamentos gubernamentales, existen en Canarias otras instituciones que con sus actividades contribuyen o pueden contribuir a conocer y gestionar mejor el limitado territorio de las

islas y lo poco de naturaleza que va quedando. He agotado mi tiempo y no puedo ocuparme de ellas: museos, jardines botánicos, institutos científicos, fundaciones y sociedades como ésta, nobilísima, que hoy me brinda su tribuna. La situación es muy variada: las hay punteras y las hay de andar manso y seguro, pasando por las que vienen renqueando mal que bien, o las que ya languidecen con cierto olor a naftalina.

Mi sugerencia a todas ellas es que traten de revalidar y consolidar su cultura institucional: Que se sienten a la mesa y reflexionen sobre lo que hacen, porqué lo hacen y cómo lo hacen, para ver si su mandato o propósito sigue siendo vigente y útil a la sociedad, si necesitan una reconversión, o si es mejor ayudarlas a morir dignamente. Es fundamental desarrollar –¡por escrito!– los fines y objetivos de cada una, establecer áreas de trabajo específicas y definir los criterios y protocolos básicos a seguir, de modo que cualquiera que se integre a la institución disponga de una guía de ruta diáfana y consensuada (que conste, que los estatutos no sirven para este fin práctico). Y esto ha de hacerse de forma periódica, de modo que la cultura institucional vaya decantándose y refinando poco a poco. Es la vía racionalista de atajar la desviación de objetivos y de limitar las excentricidades y golpes de timón que algunas instituciones dan al dictado de los caprichos de sus dirigentes. Se trata de acertar en la diana, y no de pintar la diana alrededor de donde cae la flecha.

Esta racionalización de las instituciones la he visto funcionar con envidiable eficiencia en agencias y departamentos gubernamentales en otros países. Me temo que nuestra cultura administrativa –ni la política– están aún maduras para funcionar con guías de trabajo o desarrollo político (con los compromisos que ello implica). Pero estoy convencido que puede y debe intentarse al menos con nuestras instituciones «laicas», empezando por revisar sus nichos presentes y potenciales.

Me gustaría invitar, por ejemplo, a la Real Sociedad Económica de Amigos del País, al Instituto de Estudios Canarios y a la Academia Canaria de las Ciencias, a tener una reunión abierta para analizar lo que hace cada una de ellas, ver en qué puntos convergen, dónde se repiten y en qué se complementan, para luego evaluar si una fusión de las tres pudiera redundar en una institución sinérgica, renovada y pujante, acorde con las demandas de los tiempos actuales y abierta al futuro; sin renunciar, por supuesto, a lo mucho e importante de historia que atesoran. Por lo menos, con una unión así se evitaría tener que competir por los recursos –siempre escasos–

que provienen de la Administración. Es un ejercicio de racionalidad y generosidad que merece ser explorado.

Epílogo

Hemos concluido esta reflexión que, por ser crítica y centrarse en los errores o presuntos errores, pudiera dar una imagen muy pesimista de la realidad de nuestro territorio y de los profesionales e instituciones que de algún modo hacen de interfaz con la sociedad. No se pretendía hacer balance, sino buscar el posible error para incidir sobre él (no soy pesimista; a los sumo un poco descreído).

En el presente, Canarias cuenta con los recursos humanos y económicos para hacer las cosas bien y mejor. Todos los estudios de prospectiva anuncian nuevos y estimulantes escenarios para las Islas y un universo de posibilidades en el despertar africano. Ahí está el reto, y ahora solo falta el esfuerzo de aplicar nuestro racionalismo de manera más vertebrada. Algunas sugerencias se han presentado aquí, y espero que no caigan en saco roto.

Dejando que los hechos nos remolquen no se juega en primera división. Y Canarias, según dicen, quiere estar en la liga de las democracias europeas. Ahora solo falta el esfuerzo, como digo; pero sin olvidar que nuestro campo de juego es limitado, frágil y que no tenemos otro de repuesto.

Y concluyo pidiendo perdón, porque en esta reflexión crítica que pretendía ser estructurada y objetiva en la mejor tradición racionalista, sé que se me ha colado una buena dosis de pasión. Eso de predicar con el ejemplo, no siempre resulta tarea fácil. Los sentimientos siempre están ahí, por suerte, y para mí el concepto de calidad de vida, también encierra el de calidez de vida.

Físicamente seremos polvo de estrellas, pero polvo enamorado, que diría el poeta.